

80

Las sanciones del aura

Alex Ramírez



Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2001



Alex Ramírez

(Guaymas, Sonora. 1976)

Es poeta y académico. Actualmente vive en Tucson, Arizona, Estados Unidos de América; donde obtuvo el doctorado en literaturas hispánicas por la Universidad de Arizona.

Ha publicado tres libros de poemas: *Las comuniones insólitas* (Editorial UNISON: 1998); *El vértigo de la canción dormida* (UNAM: 2000); *Pantomimas* (Instituto Sonorense de Cultura: 2001).

Ha ganado varios premios estatales (Juegos Florales del carnaval de Guaymas, 1998 y 2000; premio Libro Sonorense 2000 y 2007) y nacionales (Premio Nacional de Poesía

"Clemencia Isaura" 1999 y Juegos Trigales del Valle del Yaqui 2001); así como dos premios binacionales de poesía: Premio Antonio G. Rivero en 1998 y los Juegos Florales "Anita Pompa de Trujillo" el 2006.

Actualmente combina la investigación académica con la experimentación con la fotografía y el video.

80-



LAS SANCIONES DEL AURA

Poesía



Instituto Sonorense de Cultura

Las sanciones del aura

Alex Ramírez

Obra ganadora de los Juegos Trigales del Valle del Yaqui

Bartolomé Delgado de León 2001

Poesía

Primera edición 2009

ISBN 968-607-7598-00-8

Gobierno del Estado de Sonora

Ing. Eduardo Bours Castelo

Gobernador Constitucional

Lic. Víctor Mario Gamiño Casillas

Secretario de Educación y Cultura

Dr. Fernando Tapia Grijalva

Director General del Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Iván Figueroa Acuña

Coordinador de Publicaciones del ISC

Edición: Lic. Gabriela Soto Soto

Fotografía de solapa: Archivo del autor

Diseño de portada: Aarón Lima

D.R. Instituto Sonorense de Cultura

Ave. Obregón No. 58 Col. Centro

C.P. 83000

Hermosillo, Sonora, México

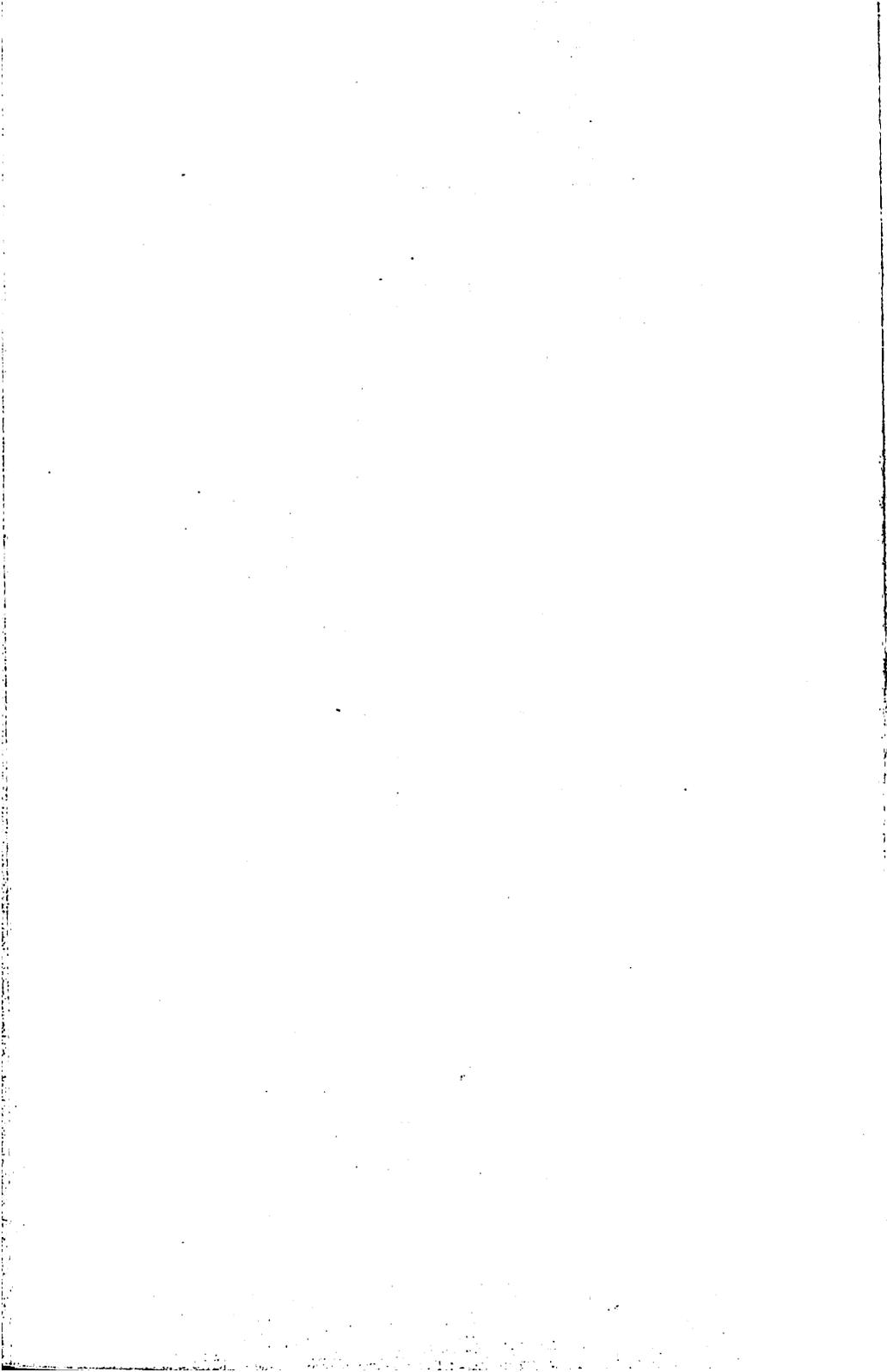
publicaciones@isc.gob.mx

LAS SANCIONES DEL AURA

Poesía

Alex Ramírez

Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2001



ESCRITURA

1)

Estas líneas rozan,
penden el aire,
habitan un instante
maduran luminosas y caen
oscuras, flotantes
sobre el polvo enlutecido.
El día cede sus amarras,
afloja sus nudos:
—comprendo,
deshago mis puños ahora,
recojo las claras velas,
deshago diálogos, castillos circulares;
palpé el curvo reino de la ola
y soplo sobre las últimas sombras
de la frase.

2)

Esta sed esta apetencia
esta razón y esta carne
arden insaciables
en la llama cuya luz sustentan,
hacen sus líquidos vitales
su insaciable combustible
su núcleo primordial y enérgico.
Algo conocido y preciso
rige este desorden de la sangre
que revienta
haciendo su sordo cauce de ceniza
que tensa
su cálido cordón de fuego

que truena
su aire duro de piedra
pero vuelve delgada y dolorida
derramándose en la mancha entera de la imagen.

3)

Esta escritura no existe
perece
hundida en sus alturas,
desorientada;
es escalera y vértigo,
asciende y disminuye,
es peldaño
o cauda
acaso: danza
jirón, astilla
palabra que es palabra,
sonido elemental,
algarabía, alumbramiento,
mordaza,
premonición y fiasco,
sospecha, sorpresa,
levantamiento,
desplome,
andamios, vacilaciones,
gruñido,
giro,
sobrevuelo,
campánula, rocío
o disparo de cañón,
punto,
silencio.

Corre hacia su propia sombra
hace su mano contra el muro de la noche,
palpa su código húmedo en la página,
reposa en su fatiga y avanza,
como el fuego recorriendo la memoria.

Son dígitos de una cifra innombrable
una sagrada cantidad,
una porción universal, un brutal número
—río colmillo paloma—
aire donde el ruido
es oleaje sin mares
y luz pretérita:
frágil sombra.

Escribo sin cautelas
hundido hasta la lengua en su marea,
en sus follajes abiertos en camino
hacia los páramos de la profunda noche,
hago esta voz igual al agua
gutural,
avanzo en una atmósfera de niebla
entre los nombres atónitos
y así queda en su huella para siempre detenido.

Toda esta tierra bajo la tierra,
estas corrientes fijas, minerales:
estas piedras de imán y fuego
meditan siglos infames,
habitan el silencio más silencio
y es natural que yo te ame
polvo del polvo,
unido a mí por este aire,
este oscuro mensaje
del hierro ligero hacia mi carne:
tu fragancia roja y puntual.

Se cierra este puño
asido a tu primer fantasma,
es de gases finos tu lenguaje:
nada entiendo, hago por ti
una voz de aire,
memoria adentro pronuncio incesante
las cosas todas.
Arde este paraíso la noche entera,
hace del fuego su presencia,
yo espero ya sin nadie
el fin de la catástrofe.
Es esta voz ajena
de otro tiempo y de materia impar.
Ronda, acecha
La frágil voluntad de este velero a la deriva
¡Aquí!
Su rayo elige un trazo,
una punzada de cristales;
luego la noche gira en repetidas espumas
fijas sus cadenas de oscuridad,

su manso vértigo.
La noche dicha en sus mil nombres siempre
es un sollozo semejante al mar.

Duro el tiempo se conjuga
en agua y piedra y sus palabras
son blandas o cerradas
montañas o cavernas
espumas rotas por el ancla.
En este continente

Ahora

el día tensa su mañana.
Su estandarte de claridad ya se levanta,
crecen los árboles borrados por la noche:
el agua despierta y el pan
y todos los muebles de esta casa
amanecen en su exactitud eterna,
en su exacta cantidad.

Esta montaña merodea en siglos
escalada su faz por este sol de antaño,
mueve sin alas su materia enorme,
repta fabulosos milímetros
como queriendo escapar del cúmulo voraz:
rumiante magnánimo
digiere el eco sin final de sus abismos.
Late entera su piedra calcinada,
Arde su entraña el largo fuego sostenido:
todo el silencio es
un solo signo y el poema por entero.

Sabes tu voz
como una herida en el aire tendido
manando pausadas transparencias
sobre este suelo directo,
esta raíz del canto hundida
en arenas frías de silencio
o flotante apenas en la velocidad de la corriente.
Haces tu letra desde un azar profundo,
levantas la palabra clara
de la arcilla primordial,
existes
antes de toda luz o todo reino.

Te busco ahora,
te buscan:
abre como un sol tu cuerpo.

Alza su zarpa el mar,
desespera en la piedra,
retrocede hacia su oscuro centro
inconocido,
mascullando espumosos improperios.
Siglos de calor no bastan
no agostan estas huidizas llamas,
este deseo agudo hacia los aires
como una flecha de la san en fuga.

Vuelve y se va
enjuagando su antigua plegaria,
agil siempre en su culpa trasformada,
se hunde en sí
y espera siempre.

Entre estas sílabas
el musgo cubre húmedas verdades de silencio,
urde el tiempo
hilos de polvo y de secretos fuegos,
toda palabra esconde
—avara—
su definida raíz de plata.

El nombre
es un recurso ingenuo,
el truco anónimo de la desesperanza.

Árbol o plegaria
¿no son acaso núcleos gemelos
o yemas semejantes?
¿No es similar también acaso
el agua, la luz y el aire,
el corazón, la piedra
y la dura mano empuñada?

Este árbol vuelve
firme en su viaje,
crece con sus alas,
alza su claridad como el día y
sepulta su raíz bajo la noche.
A la orilla de su nombre
no es sino una miseria invisible
un racimo de pobreza.

Pero así ya nominado
surge incesante
salta
avanza por sus ramas
uno sus hojas en el aire,
hace la tibia luz de todos sus colores
y fluye del planeta al tiempo,
mansamente
como un canto de hombre.

En este tiempo
aquí
en este punto
ya todo es el instante pretérito,
la garra de lo ocurrido nos aborda infatigablemente,
sucesiva usurpa este momento,
este presente sin cerrojos:
el hoy y sus dos alas.

Cede la lluvia en su caer
su limpia imagen al mundo.
La tierra abre su voz
Al dócil artificio de las aguas.

El hondo suelo y la nube
riman sus húmedas vocales,
sus claras frases.

El aire se eriza de frescura.

Se quiebra el día
ya cae la noche
como una dolorosa campana
irrevocable.

Cede la lluvia en su caer
su limpia imagen al mundo.
La tierra abre su voz
Al dócil artificio de las aguas.

El hondo suelo y la nube
riman sus húmedas vocales,
sus claras frases.

El aire se eriza de frescura.

Se quiebra el día
ya cae la noche
como una dolorosa campana
irrevocable.

LETANÍAS DEL NÁUFRAGO

¿Quién ondea este infinito vértigo?

Vacilo

bajo el huracán físico de la imaginación:

todos los caminos se ofrecen,

toda distancia es infranqueable.

La botella está vacía:

creo que habido he bebido

su mensaje.

Allá el ocaso

aquí esta voz

¡han fracasado las distancias!

Todos los días este mar

y este poema que no cesa.

En este aire líquido

profundo

danza el alto desplante de las aves.

Su cuerpo único declina

y deshoja del árbol de la noche.

Ahora el sol tiembla en sus rojas aguas consumadas.

Esta escritura lanza su raíz ansiosa,
hunde sus ecos páginas adentro
como buscándose en el confuso fondo.

Muere de vértigo,

Vacila

Sobre el blando muro ondulante

—sin pértiga ni paraguas—

no acalla su deseo y continúa.

Es un alguien que no entiendo,

una máscara vacía, un gesto,

un ruido del tiempo, algo que crece,

un salto, un descuaje.

TANGO DE FONDO

En las aguas de esta boca
hizo tu anzuelo presa y divertimento.

Hiérame el claro y tuyo fuego
cuando la noche larga de mi cuerpo,
esta carne ciega por los ardientes filos,
sea dolientemente consumada.

Hubo en mí hace tiempo —antes de ti—
más que este frío promontorio de ceniza.

Como un raudo vendaval:
los puñales de tu cuerpo.

Todo el mar en una ola
es una esquirra única de espumas irisadas
en los aires solares.
Después de firme costa,
la fina araña acumulada en golpes semejantes:
manotazos del agua que se ahoga
prisionera en su ancestral fisonomía de fósil
otoñal y unánime.
Aire, agua, sol y piedra:
todo está aquí conjugándose
y naciendo.

Hombro contra hombro
combaten estos versos
una guerra anónima,
buscan
—según lo dictan las leyes de la violencia—
una ingenua victoria,
una verdad tras sus fatigas.

Nada y polvo vendrá entonces
cuando los ojos vean
lo que buscaba el cansancio:
final silencio.

Hago estos muros siempre
naciendo hacia la noche y la llovizna.
Algo de ese suelo bruto
nace,
perpendicular se estira
como la firma materia convocada hacia la altura.

Dureza posterior que ha dividido
la previa claridad
—el primitivo tiempo del mundo—

Ahora existe vertical entre estrellas
un signo una señal.

En el aire estas palabras dejan su estremecimiento.

Dejo así la poesía en su sitio
sobre el organismo, la bestia y el objeto
en el centro primordial del equilibrio.

Asida a su fluir
por todo tiempo y lugar.

Está más su presencia errante
vaga
fuga y así es que permanece.

Áspera palabra roza
el aire quieto como una flecha hiriendo
el follaje tumultuario,
los brazos de la higuera.

Palabra tu
de escamas
de arena y espina
solar
quemante
blasfema
ruda
ponzoña en que se ahonda el primer golpe de la letra.

Nada por decir
sino este puro estar en la materia organizada,
esta manera viva
de la sangre y sus cálidos entornos
Después de esto
 los abismos
nada
sino los ojos sumergidos en un fondo más oscuro
 errantes
en esta curiosa intimidad del pensamiento absorto
cuerpo adentro
los alegatos inverosímiles de la memoria,
las fantasías dramáticas: esas lacias hogueras.

Ahora
este abandono crece piel debajo
entera
como una sombra en el aire como en la tierra
la mansedumbre de fluir
ajeno ya de mis dominios
sin potestades ni cayado.

La oscuridad ajusta ahora sus detalles.

Hubo hacia el sol o aquí en la tierra
esta mano vital
que horada en su labor o delirante
interroga.
Rostros este rostro
lunas esta hierba,
yo soy mi ceguera,
una palpitación de luces que ha cerrado
el puro vértigo,
materia erguida, inconsumada:
lengua que no cesa.

Declaro este mi cuerpo vago
errante pero inmóvil
en sus periplos ensañados
sin las premisas coordinadas de una flecha.

Suspenso en sus aires
a punto de sí —postergado—
en el íntimo instante
de encontrar la carne y su contorno.

Los otros
fueron absortos fantasmas prolongados
legiones de la sangre en volátiles follajes de ceniza.

Mi cuerpo es fácil: lo siento.

En toda curvatura de la dicha
en las ánimas purísimas del tacto,
en el coro amoniacal de los dolores,
en la luz que salta por los ojos hacia las hondas sombras.

Estoy
poseo por recuerdo estás fatídicas delicias,
ardo sin arder y soy así la luminosa consecuencia del vacío,
la víspera siempre nunca el día.

Reconozco todas las gotas de aire que me habitan,
la sangre eslabonada en un monótono fluir de piedra,
las aguas celulares que preservo,
la rigurosa combustión y el clímax
prodigado en lentas dosis
de la humana lumbre.

Por dentro
en la entraña pura un puño aprieta y estira.

Es el alma quien decreta su teoría
y corre sus intactas atmósferas de humo.

Mi carne se inclina unánime
como un acorde de profusas espigas.

Inasible esta ley interminable ocurre.

Aquí el tiempo se calcina
entre el humo y la ceniza.

Mas nunca inmune
cede a punzón y quemadura
la fibra mínima.

Telegráfica difusión en coro.

La espina cede a la aguda física de sus venenos,
húndese inmortal cruzando así
la impávida región donde ha quedado.

La tocadura voraz como un aviso vertical
haciendo en raíz
su profunda prolongación de fuego.

Anónimo el cuerpo
nutre con simples y lustrales alimentos
su palpada ausencia.

Cumple en su bautismo
un aura de epítetos,
un signo nominal que honra
la brutal y previa
vitalidad confabulada.

“Este es tu nombre
y acudes a él ferviente
como a una exacta sombra
a tu imagen, tiempo y semejanza”.

Dejado el mar y costa
solo
este espumoso cielo
este volar sin ciencia
sin pensar a fuerza
de ese sueño semejante al sueño,
esta lacia pereza bajo el cuerpo
piel adentro como un agua espesa de los trópicos.

Caer
caer
hacia sí mismo
en fragmentos desunidos,
en aburridos elementos:
inertes piezas del desorden.

Siempre hacia el poema.

Aun en esto
vaya yo al sueño
diagonal y en tumbos
disminuido como el aceite
socavado ya sin lenguas,
uncido el tedio por mis ojos rotos,
por mi figura escasa.
Sin arma ni herramienta,
varado el pensamiento
fijo en un fatídico caer irremediable.

Sin decir pero gimiendo
incurables signos
de fuego quemándose en su imagen.

CUENTO

El día pasó a ras de tierra
como una mano experta
ensimismada en su tarea
sin meditar su oficio,
todos los nervios y las médulas
hicieron su color de luz —tan hueca—
en un visible centro iluminado
ardieron navegando en un caldo combustible
agostaron al fin su mansedumbre
para caer ya sucedidas
en la honda noche socavada,
muy débiles de sí
ligeras.

Cedo
por esta voz las cosas y su sombra
imágenes hondas
magnéticas
muriendo bajo el humo y su señal
pulpas,
limos,
bestias
unidas en el vértice de su palabra.

Es el orbe natural de los plumajes y las maduraciones,
la neta voluntad expandiéndose en sus redes de aire
haciéndose visibles a todos los sentidos.

Coinciden tiempo y materia
en este instante.

LA NOCHE

Endurecida en sus cavilaciones
crece de piedra en palpados monumentos,
en aéreas oscuridades tan cerradas;
hace sus templos infranqueables,
sus muros de ceniza fija,
sus lentas murallas de silencio.

Este aire es el fluir de la nostalgia,
fragor de nada
que ocurre entre los obeliscos
traslúcidos del agua a la distancia.

El aire no busca, escapa
del centro original,
de una emoción abierta como un puño difundido.

Hombre y noche
ascienden la escala de una estirpe semejante.

Toda la noche
rumiar de amargas fibras,
morder sin fin el áspero bocado.

Palabra que no cesa
en un profundo nacer
es la agonía fija insaciable
en una sellada atmósfera de asfixias.

Algo se desvanece en esta lúcida idea sin sonidos,
un íntimo presagio natural,

un apenas latido pulsando
los lentos laberintos de sus ondas.

Es hambre este lenguaje agónico
río de piedra,
muro de espuma,
crepitación de la ceniza avasallada.
Hambre y zarpa
pactan las dos mitades del fuego,
no en tiempo ni en distancias:
en lenguas de dura fiebre.

Sobre mi nombre de hierro
crucé dos hilos de agua.

Todo este día
sobre mí
una sombra a mi oscura semejanza,
una gota en otra gota derramada

y naciente.

Todo este día.

Un minuto en el aire
magnético
de noche
posado en su extensión
de claras alas
espaldas a este sol,
picoteando su bruñida imagen
de estrella errante

Yo aquí sobre el suelo del mundo.

Bajo este árbol
urde la raíz sus estrategias hondas.

Fuego invertido
preciso en sus mil espejos dialogantes.

Algo sucede en el follaje.

Este árbol
se inclina alguna vez
hacia los muros lejanos de la noche
como una seña interrogante
es esta duda eterna que lo habita.

Entre luz y sombra
un sonido imposible se desliza
se yergue un habla inverosímil
Un nombre acaso
de algo demasiado claro y errante
para esta lenta voz humana.

Oscilante el mar en sus mil bocas
triunfa la espuma
cede el naufragio.

Noche y claridad rondan
estrellas y pájaros habitan
los caseríos llevados en dócil marea.

Circulan estas arenas móviles
se tienen como las pieles oscuras del desuello.

Este aire es circunstancia.

El horizonte ha tenido esta idea de consumida barca.

Este poema se repliega
como un puñado de tiempo arrebatado
no es más que un poema pero ansía
respirar las graves luces lejanas,

Allá hay algo necesario
pétreo
insoportable
posado en otra superficie
hundido acaso en olas diferentes.

¡Qué árida vergüenza!
este polvo entretejido,
esta loca industria de ceniza,
esta muralla devastada.

Al paso de estas letras
nadie pero es algo: atisba.

Este verso ya se ha hundido.

Como un relámpago la verdad fue frustrada.

En el sueño de un día todos los tiempos.

Esos olvidados recuerdos son mi poesía.

En el tiempo una seña
esta palabra.

Sobre el tiempo
aun el tiempo se calcina.

Ahora
otro intento se despeña
en ásperos escombros sobre la página.

Navegué
los aires líquidos y las materias concisas.

Todo fue visible tiempo.

Oscuro Dios tu nombre es indecible
aquí comienzan las leyes de tu imperio.

1840
The first of the year
was a very cold one
and the snow lay
on the ground for
many days. The
frost was very
severe and the
wind was very
strong. The
people were
very much
concerned
for the
crops. The
government
sent out
a number of
soldiers to
protect the
crops. The
soldiers were
very brave
and they
did their
best to
protect the
crops. The
crops were
saved and
the people
were very
happy.

SANCIONES DEL AURA



PRELUDIO

La luz
es dura para mi calma:
por fuera de la madera
salta siempre
una visible persistencia luminosa, atroz.
Algo del mundo perdura entonces
en los sentidos más profundos.

MAR

Es el tiempo de la oscuridad,
la luna en medianía —creciente luz—
madura espumas
sobre las piedras del continente.

Es este el árbol profundo,
las corrientes enramadas
medidas en el aire líquido
como un roce abrupto
—grave rumor de voces—
abriendo los secretos todos
de la noche humana.

Es el mar naciendo del fuego
haciéndose su espalda, su fina espiga
en la mirada horizontal que nada entiende
sino el todo porque vences —tras la luz—
en las primeras sílabas del alba.

Como un racimo infunde al aire
su llama en el estío:
Es grave tu acento de cristales amarillos
tu luz a tacto fija
ese delgado ademán de quemadura
tu cruda espina
tu mansa incandescencia
sobre los párpados traslúcidos del agua.
Firme en su victoria
el día en dos mitades
sube a la cima de su imperio en vértigos
a la estatura natural del sitio
sobre
el curso de todos los abismos.

He sabido más allá de mí la sombra
de mí que salta
arrancada
despojada y pobre
entrando en las casas de la luz.
Como un dorado polvo
sé del sueño las veces
más íntimas de dí,
las estaturas internas de tu flama
haciéndose sin cuerpo
imaginario.

Entre los óbices
está el andar a tientas
imaginado
en el cristal de algún presagio.

POEMA DEL INTENTO

Ha pasado mi mano
sobre la tierra simple
y mi mano se ha vertido
en el follaje de la luz
en lentas, gruesas gotas de tiniebla.
No soy yo quien piensa la palabra
—escritural oscuridad de
la materia abierta hacia el poema—
algo se dice siempre en la mirada,
algo depende de la rama clara
como una desdibujada palabra de llovizna
bajando hacia la boca fría de la piedra
(es otro este poema)

Infame la naturaleza
se desdobra, gesticula
con jugos luminosos e interminables,
evade la viviente red de los sentidos
movida en un aire vehicular
tras el disparo de la luz en penumbra.

Es la herida realidad de cada instante.

Apenas encima de la piel
se afirma en la vacía claridad
un nuevo signo
de dureza o de blandura,
una presencia presentida,
un presagio de verídica agudeza
en alguien que no soy y que espero.

He visto crecer las horas
haciéndose bien definidas transparencias
mojando todas las cosas
con su melodía de luz meticulosa.
Esa es la historia de la llama
naciendo endurecida desde la tierra opaca.
Volviendo sobre su escenario
en la baldía aurora.
He sido tras las horas claras
el aviso final de la ceniza
incalculable en su silencio
del fino mosto de
llama devastada.

La ruina ya se hace de la luz vacía
la imagen pura y redimida
en amplio coro
de ecos de robada oscuridad.

Soñar es dar hacia la luz
la secreta palabra,
la interna potestad del aura,
la bruma recóndita que se levanta
en vigilantes silabas de oscuridad.
Es penetrar la secreta entraña,
la sangre que divulga su encomienda vaga
de flecha circular,
de ruina humeante que camina
a lentos palmos bajo el músculo
del bien andante
trotador de brasas,
emisario de la penumbra
de una voz igualmente no escuchada.

Soñar es dar hacia la luz
la secreta palabra,
la interna potestad del aura,
la bruma recóndita que se levanta
en vigilantes sílabas de oscuridad.
Es penetrar la secreta entraña,
la sangre que divulga su encomienda vaga
de flecha circular,
de ruina humeante que camina
a lentos palmos bajo el músculo
del bien andante
trotador de brasas,
emisario de la penumbra
de una voz igualmente no escuchada.

SET

Te he tenido por torre hacia el derrumbe
y abismo en llamas
frente a la cóncava sombra de mis ojos
atónitos a tu delicia
momentánea
de caer siempre en lo lejano
haciéndote en la muerte
cada vez
un aire en círculo
un cruel torrente
detenido en punto
y firmeza de espectáculo.
Incendiario tu canto en el vocablo
cede al sopor y la canícula
tu reino de maduraciones cálidas.

Ha sido todo
una palabra de humo
interminable
antigua
por la voz sin tiempo que levanta
de nuevo
el estandarte vacío de la noche
frente a los vientos fáciles del mundo.

De la tierra sin fuerza
salta la espiga primaria de los días
es este
el que ha nacido, llameante,
casi una bandera.

Es el triunfo de la luz:
arde y ondula
hace de los aires trueno
como un puño pretérito en los vientos,
como la oscura meditación de la marea.

Estás de amor vestida,
uncida en luces para el tacto
y su codicia clara;
levanta tus pies
un cuerpo de madera en llamas
para la palabra
y el candor somero
de los apenas besos,
de las profundas gargantas.

Hágote parece
calma en la cintura
un poco de dolor a semejanza
de tu savia derramada y tibia,
por la herida amarga y los cabellos
tengo en prenda del torrente aéreo
trozos de un aroma pétreo
de tus ásperos lamentos
rimándose a los menos cambios de la llama.

Henos ya
para la luz
viviendo sin estar
ante penumbra alguna
en esta humeando llaga tuya,
en este cáliz de aprendiz:
aire jadeante que termina
siendo por nosotros
un solo nombre
como un pájaro flechado por el vidrio.

Pulso flotante
altura y cauda,
el estío se quiebra
cuando hube esperando la claridad
por un erguido sediento mástil y además de la materia
en un segundo de certero tiempo,
en un momento prorrogado en sombras
crece la tarde al fin
como el follaje muerto,
en las ventanas y la delgada tierra,
en las maderas,
en la paciencia oscura de los puertos:
su roja espuma masculla lentos improprios ciegos.

¿Qué he de hacer en esta dura tregua del gran fuego?

Abriéndome de no ceder sin fuerzas

a la *superlativa* gracia del mundo.

Mi voz es ya delgada

sobre la carne y la sémola,

sobre sábanas hirvientes

he movido sin intentos la pesada y flaca sombra

del delicioso cuerpo,

de aquel certero

entrar a toda costa,

puntual.

En la somnolencia punzante del amor

sobre el preciso suelo,

entre las llagas mutuas que secretan

su acérrima acidez de consumadas pulpas,

de bestias conjugándose,

despatarradas en intentos ciertos

por la gozada quemadura que se sabe

un poco más allá de nuestras fuerzas , siempre.

♦ POEMAS DEL ÁRBOL

Ni una palabra te sustenta, solitario brazo de la invisible tierra, ni un claro sol te venera por tu amplio corazón de hierba celeste y tus humildes hábitos de pensador ensimismado en las edades primordiales de raíz y relámpago.

Mas nadie ha mecido tus aguas elevadas y espesas, nadie ha roto los duros sellos de tu puerta, ni aspirado de tu sombra un solo grado de serena bondad, ni estudiado tus señales oscuras en el tiempo ni tus lechosos vocablos de madera.

El oriente mueve ya sin luz su último cuchillo, tú haces la dura llama del canto bajo la noche, creces al cielo desde todas tus raíces de silencio, manando delgadamente tus materiales internos con precisión severa, naces interminablemente y llevas cuerpo adentro un río entero de lamentos minerales.

Luego es el viento como una mano desmayada a tus pies que ya reacciona y salta de su atolondramiento hacia el cuello: casi serpiente de raudas transparencias. Sobre tu frente queda un dejo melancólico de estrella.

Comienza a llover y dictas tus ondulados perfumes sobre las páginas plagadas de silencio.

Viajero vienes de una historia igual al tiempo. Voy por tus mil bocas
impronunciado, voy por tus manos asiéndote de mi hambre, voy
por tu pecho socavando el dulce núcleo, la secreta yema, el hierro
oscuro de tu corazón.

Ocurre esta luz igual en la memoria, esta luz empecinada como un puño ensimismado en su cólera cerrada, mórbida. Por las ventanas como un río cruza un puente, penetra abriendo sus alas más agudas, se hace en el tiempo como en un cuenco de parsimonia y sedimento, permanece latiendo por mis ojos persistentes, magnéticos en ella que se corre uniforme con la forma de la ola ceremonial y que rompe en la forma concreta de la roca; crepita como una espiga diagonal del día entre dos noches hondas y vuelve su muralla a levantarse como bestia delgada, endurecida y transparente.

Mueve la llamarada el sitio de sus vértices, su raíz de aceites desatados, la geométrica audacia en sus andamios. El día es un preciso peregrino, es un cerrado trotamundos concentrado en su religión trashumante. Yo sé de oscuros soles, de hogueras empobrecidas hasta el silencio reciente, sé de las quemaduras erizadas en los agudos bronce del exacto dolor. Luego, como una voz de moribundo, como una queja endurecida venida del poniente, como un vino adelgazado, como una abeja de color naranja, izó las tronantes banderas de la tarde y se vertió en mis ojos como un árbol meciendo en la mirada sus blandas ramas, su impalpable fecha de humo, sus pesadas gotas de fragancia errante.

Bajo la espuma una flama de cristal blanco respira ensimismada, permanece en la pureza de su mansa cintura y su voz de azucarado flagelo ondulante entona minucias para nadie, murmura toda la poesía de su propia transparencia iluminada, de cu claridad flechada y agónica. Salmodia la ola vehemente, postrada y suplicante, se desploma sobre la piedra como lentas campanadas monumentales; florece sobre la arena, algo escribe y se arrepiente, reincide en su incesante decir, revienta como una ampolla, nace del aire, viene del cielo, se desprende de lo imposible, crece de vértigos, se curva, se reproduce en los espejos, recae y se deshace en un permanente volver sobre sí misma. Sólo la espuma persiste.

Así fuera comenzar abriendo mi costado a la ceniza, mi dedo índice sobre la puntiaguda sílaba de fuego, como pulsando un aguijón sonoro. Haber unido sin besar los labios a la palabra que nacía sin ser dicha en un aire oscuro y ceremonial. Así fue como un retrato natural del tiempo, por mis ojos dos ríos de velocidad iluminada que me han hecho despertar bajo los más hondos sueños de la piedra. Ahora escribo.

¿Has visto las lenguas dialogantes del crepúsculo?

¿Has visto todas las máscaras del árbol?

¿Sabes cantar el salmo nocturno de la ola?

¿Quién sacude el ramaje de la sombra?

¿Cuántos ojos abre el mar al medio día?

Una ración de colores humanos en el fuego que canta hacia el abismo, en la corriente seca de la voz que deja en ecos las huellas recias de su paso, su testamento lumínico de cuerpo. Es una realidad la llama, blanca por el tacto que la alcanza, que la respira como una gota clara, que la reúne como un cálido bostezo. Realidad de movimiento que levanta un destejido color de barro ardiente, un vago sonido de lamento, un ápice de punta: es sólo ser no estar, su frágil gracia de cara al cielo de la noche como un cuerpo parado de puntillas desde el hueco profundo del corazón.

Después de todo, nada
salvo el adiós somero de sus alas,
sin tiempo ya,
hundiéndose sin la costumbre fácil de su nombre
en un mar
más rápido que el nuestro: mar de olvidos.
Sólo un entero estar,
una cifra de Dios
severa como la verdad.

¿Quién puede rebatir este silencio?

Este volver incierto de tumbos y de pólenes
Este canalla, recrudecido
esfuerzo por asir y por tener
cuando ya nadie,
cuando caídas las
cruces
las hélices y los anzuelos,
los frutos y los maderos,
el nocturno hierro,
el vórtice lento de todos los silencios.

¿Quién hace de mí la voz no conocida?

Es el andar halándote de barbas
como si fueras cayendo
en una página terrible,
en un hambriento brocal de carcajadas,
en una oscura herida en el costado.

Estoy por volver
y desisto a punto de mí
sin dar la honda voluntad de un paso en alto
Vengo a la luz,
reincidente he vuelto a la fragua y el borbotón
de aguas o palabras
o duros centros vitales
igualmente hechos de piedra o cansado barro.

¿Qué diré hoy si me pongo de veras franco?
Lacio como una mano rendida en tierra firme,
lento como un correo de pájaro a estrella.

¿Es esa verdad hecha de palabras lo necesario?
Lo que requiere este espacio parecido a un poema:
escenario de interrogaciones,
bullir de risas, vegetación de oscuridades y fulgor.

Tropiezo y comienzo nuevamente.

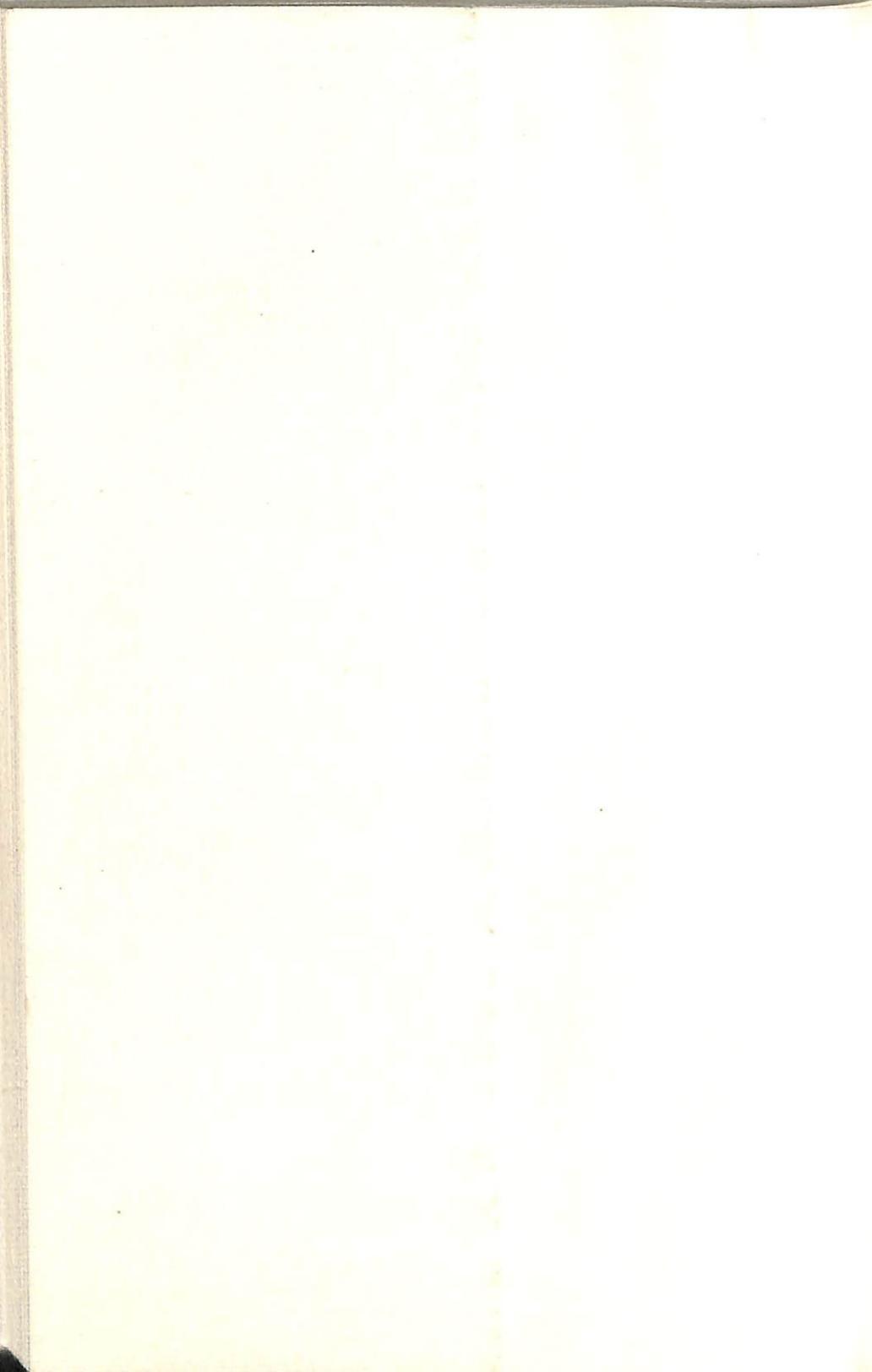
ÍNDICE

ESCRITURA.....	7
SANCIONES DEL AURA.....	49

Impreso en FLEXOMEX
Simón Bley No. 35 Col. Olivares
Hermosillo, Sonora, México
Tel: (662) 218 80 75
e-mail: flexomex@hmo.megared.net.mx
Tiraje: 1000 ejemplares
Junio 2009

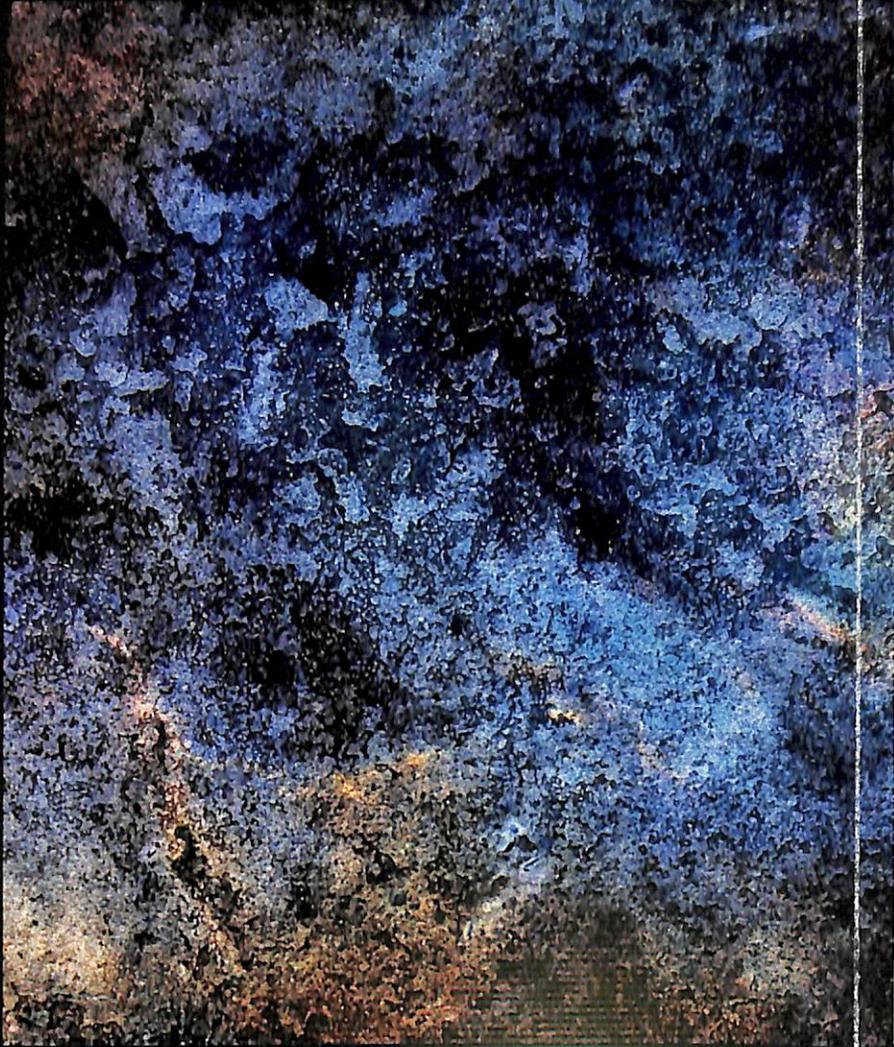






Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2001

Juegos Trigales del Valle del Yaqui
Bartolomé Delgado de León 2001



Alex Ramírez

Las sanciones del aura